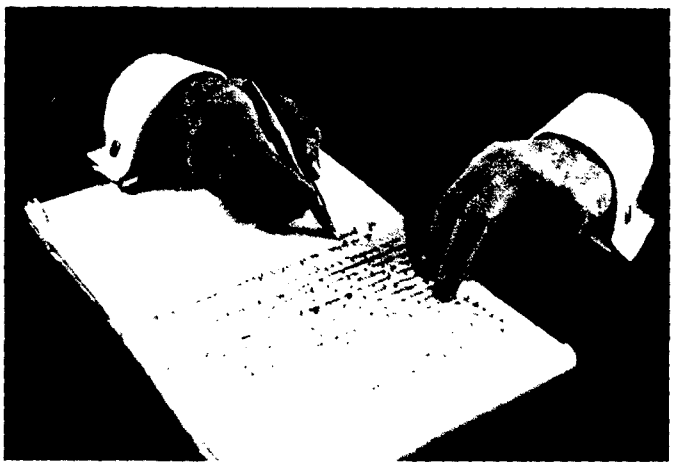


TRIBUNA ABIERTA

Enrique Tierno Galván

LA DEMOCRACIA PARLAMENTARIA, CAMINO PARA EL SOCIALISMO



Con «Tribuna abierta» iniciamos hoy una serie de grandes entrevistas. Por esta sección desfilarán personalidades políticas pertenecientes a los más varios sectores de la vida nacional. Los lectores de BLANCO Y NEGRO tendrán así un panorama general de lo que piensan en la actualidad los principales dirigentes de la política española. Naturalmente, nuestra revista no se identifica con lo que declaren los entrevistados. El pensamiento de BLANCO Y NEGRO queda definido en sus editoriales. Abre esta nueva sección Enrique Tierno Galván, catedrático ilustre, conocido dirigente socialista, intelectual de relieve. Sus declaraciones a Ignacio Carrión son fuertes, claras y arriesgadas. Las hemos respetado íntegramente, porque así lo exige el talento liberal de nuestra revista, para información objetiva y veraz de quienes nos leen. Por supuesto, en muchos y graves aspectos no coincidimos con el profesor Tierno. Su entendimiento socialista y agnóstico de la política y de la vida está bien lejos de nuestros propios planteamientos. España necesita hoy una evolución política que nos permita organizar la moderación e incorporarnos plenamente a la Europa unida. Un socialismo marxista podría entorpecer la difícil evolución que el país necesita, y que debe hacerse, derrochando prudencia y realismo, desde la legalidad constitucional vigente. En cualquier caso, las declaraciones de Tierno Galván, por su claridad, constituyen un documento periodístico excepcional para saber en qué posición se encuentra este polémico y polemizado político.

«No voy a salir al ruedo político. Sería pan para hoy, hambre para mañana.»

VESTIDO de gris oscuro, con camisa blanca y corbata de seda azul, el profesor Tierno Galván abre él mismo la puerta de su casa y me lleva hasta una habitación que está en penumbra. Tierno enciende una lámpara de pie y los libros que yacían en la oscuridad, muertos en sus nichos, resucitan a la luz.

Un reloj da cinco campanadas y otro, más allá del pasillo, las repite. Movido por un extraño resorte, el profesor consulta la hora. Para un político de la oposición, consumado y activo socialista desde hace más de veinte años, el tiempo debe vigilarse con atención: hay que actuar sin arriesgados adelantos ni peligrosos retrasos.

Recuerdo una frase de Sender escrita en sus Memorias: «Desde que tuve el primer reloj, de niño, lo llevo doce horas adelantado, en secreto». Pienso que muy poca gente tiene el valor de confesar debilidades sincrónicas, y menos aún por escrito.

De espaldas a su mesa de trabajo, el ex catedrático de Derecho político se sienta frente a mí. Le observo: su gesto, la mirada fugaz y penetrante, la asombrosa lentitud con que mueve sus manos sin ningún temblor, con fría autoridad, son propios de un maestro de novicios. Y, sobre todo, la voz. La voz de Tierno es humilde, nunca estridente o mitinesca. Creo,

pues, hallarme en presencia de un revolucionario de laboratorio, que elige las palabras con pinzas y las introduce con todo cuidado en la probeta transparente de la frase.

ESTATUTO DE ASOCIACIONES

—Como socialista y político de la oposición —pregunto—, ¿qué valor otorga usted al Estatuto de Asociaciones?

—El actual Estatuto es por completo insuficiente. Está concebido en un contexto no democrático y para continuar ese contexto no democrático. El valor que le otorgo es el de su propia limitación: amplía sólo las posibilidades del Movimiento. Supone simplemente un continuismo.

—¿Qué necesita, a su juicio, nuestro país?

—España necesita una revolución política y un profundo cambio en las estructuras económicas. La revolución social se está haciendo por sí sola. La revolución política es necesaria para ponernos de acuerdo con la revolución social y para que las instituciones económicas no sean el fundamento de unos privilegios de clase y de una con-

«Socialdemocracia: complicidad del socialismo con los intereses de la burguesía.»

cepción ya inexistente en los países europeos.

—Hay quien identifica revolución y violencia. Hay quien sostiene que lo primero es inalcanzable sin lo segundo. ¿Qué piensa usted?

—Pienso que revolución y violencia no es lo mismo. Pero esto no lo ve el Estatuto de Asociación. Lo que yo pienso refleja la idea de la inmensa mayoría del país, que hoy quiere instituciones democráticas al modo europeo, desde las derechas hasta las izquierdas, dejando fuera los extremismos que no aceptan ni los principios ni el funcionamiento de las instituciones democráticas.

—¿Está el país maduro para vivir un régimen democrático?

—Claro que sí. Es inadmisibles decir lo contrario. Durante casi cuarenta años de régimen autoritario nos hemos ido educando para la democracia. Hoy apenas hay alguien que no aluda a su necesidad.

DECLARACIONES DE HERRERO TEJEDOR

—En unas declaraciones a la Prensa belga, el ministro secretario general del Movimiento ha dicho que un socialismo calcado de la socialdemocracia alemana sería aceptado por el Estatuto. ¿Ve usted posible la creación de una asociación como la apuntada?

—Desde mi punto de vista, hoy no existe en España un contexto político en el que quepa la socialdemocracia alemana, que parece que es el socialismo que el señor Herrero Tejedor aceptaría. No hemos aceptado el Tratado de Roma; no disponemos de una separación rigurosa del poder ejecutivo y legislativo; no existe sufragio universal, no hay pluralismo de partidos (el asociacionismo no es esto) y no hay libertad sindical... ¿Sería posible la socialdemocracia dentro de este contexto? Yo creo que el señor Herrero Tejedor se refiere a un

futuro próximo, no al momento actual.

—Suponiendo que, como usted cree, el señor Herrero Tejedor se haya referido al futuro, ¿estima que la opinión pública española aceptaría una socialdemocracia al estilo alemán?

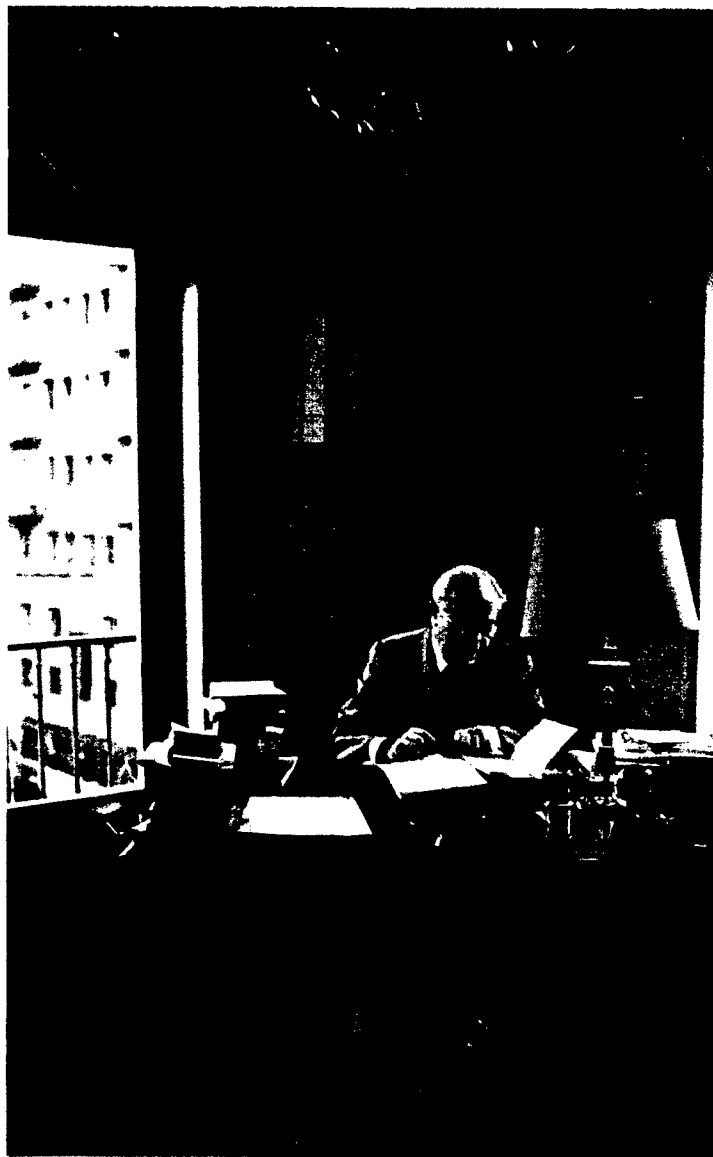
—La opinión pública española que se inclinara por el socialismo propiamente dicho no aceptaría la socialdemocracia al estilo alemán. Nuestra infraestructura económica, nuestra condición de pueblo que se ha decantado siempre hacia la libertad crítica, nuestra inclusión en el mundo mediterráneo y nuestra historia de un siglo apuntan en otra dirección. Nosotros habríamos de ir a posiciones más claras y diferenciadas. La socialdemocracia supone una complicidad estéril del socialismo con los intereses de la burguesía. Esta complicidad sería aceptada difícilmente por la opinión pública española, que está cansada de ambigüedades y confusiones que remedian muy poco.

—¿Va usted a salir al ruedo político, a pesar de las limitaciones del Estatuto? ¿Piensa en la conveniencia de asociarse o cree que las circunstancias no se lo permiten?

—No voy a salir al ruedo político. Sería pan para hoy, hambre para mañana. Nosotros tenemos que buscar soluciones que resuelvan los problemas, no que los apacigüen o eludan.

—En 1946, Indalecio Prieto, de quien me gustaría que usted hablara, señaló que en España no hacen falta revoluciones cruentas para implantar soluciones socialistas: «Sencillamente —dijo—, con tener la mitad más uno de los diputados pueden lograrse leyes». ¿Está usted de acuerdo con un planteamiento así?

—Estoy de acuerdo con la frase. Prieto era una persona inteligente, especialmente capacitada para la lucha táctica y para la contienda parlamentaria. Pero no era un hombre de grandes ideas; no estaba movido por un motor



Enrique Tierno Galván, en el despacho de su casa de Madrid. El ex catedrático de la Complutense da clases en las Universidades de Nueva York y Milbury y trabaja igualmente para el Centro de Estudios Europeos y las editoriales Tecnos y Taurus, a la vez que no deja de publicar libros. «De esto vivo», dice el profesor.

utópico. Entendía el socialismo como una reivindicación de los intereses de la clase trabajadora y el aumento de bienestar de esta clase social. No veía el socialismo como gran concepción del mundo, que lucha por el hombre libre en una sociedad sin clases. En resumen: Prieto no era marxista. Era un socialista democrático. Y en esto coincido plenamente con él. Cualquier clase de socialismo, aunque se llame comunismo, pasa necesariamente por la democracia pluralista.

OPINION SOBRE SANTIAGO CARRILLO

—¿Aunque se llame comunismo?

—Sí, señor. Hoy es impensable imaginar en Europa una ocupación del poder por vías no democráticas. El partido comunista lo sabe muy bien. Sabe que no tiene nada que hacer por otros caminos.

—¿Conoce usted a Santiago Carrillo?

—Le conozco personalmente desde hace alrededor de un año. Le conocí en Portugal, a raíz del levantamiento del 25 de abril. Luego le he visto algunas veces.

—¿Dónde se ha entrevistado con él?

—Prefiero no responder a esta pregunta.

—¿Y qué impresión le merece el secretario general del ilegal partido comunista.

—Me parece una persona equilibrada y sensata. Y creo que está plenamente convencido de lo que acabo de decir: que para llegar a los fines del socialismo es necesario pasar por la democracia parlamentaria con todas las garantías y derechos formales. Lo demás sería utópico. En España hay una gran masa conservadora, perfectamente respetable, que tiene todos los derechos para par-

participar en la convivencia política y aspirar a una participación efectiva en las decisiones de poder. Pero me parece un disparate la discriminación política de quienes aceptan los principios democráticos y la práctica de estos principios no perteneciendo a la masa conservadora.

—Recientemente, el señor Gil-Robles declaró en BLANCO Y NEGRO que no era partidario de mantener al partido comunista fuera de la legalidad, pues ello le otorga el beneficio de actuar clandestinamente. ¿Qué piensa usted?

—Creo que el partido comunista, en tanto en cuanto se mantuviese dentro del orden democrático y lo defendiera, debería tener derecho a la legalidad. Es más: sería una garantía de esa legalidad. Su exclusión de la contienda democrática sería un continuo foco de desorden.

—Entonces, ¿es usted partidario del retorno de Santiago Carrillo?

—Sería partidario del regreso a España de todos los exiliados políticos que acepten la democracia, y cuanto antes, mejor. En política tenemos que llegar a la experiencia de las cosas antes de definirnos sobre ellas.

—Entiendo que usted no advierte aspectos negativos, sino sólo positivos, ante la hipótesis de un regreso a España de Santiago Carrillo. ¿Acaso le consta a usted que Carrillo está dispuesto a aceptar las reglas del juego democrático? ¿No duda de la sinceridad del secretario general del partido comunista?

—Yo creo que el señor Carrillo aceptaría venir y respetar las normas de una contienda democrática. Sería un paso adelante que permitiría a los españoles acabar de una vez con miedos míticos al tener completo el panorama político del futuro. Y creo, además, que sería el comienzo de una reconciliación total, para una convivencia plena y ordenada. En éste, como en todos los asuntos, debemos pensar más en la



En esta página, dos imágenes del matrimonio Tierno. El profesor dice: «Sería partidario del regreso a España de todos los exiliados políticos que acepten la democracia, y cuanto antes mejor...».

nación que en los partidos o en los hombres.

—Puesto que estamos dentro del tema, ¿puede decirme qué porvenir inmediato augura a la llamada Junta Democrática?

—Voy a responder con toda claridad. A mi juicio, lo tiene bueno: todo pacto «inter clases» que intente superar la violencia y busque un acuerdo para afianzar la democracia, sin excluir a nadie, es un esfuerzo positivo que no puede tener mal futuro.

EL EJEMPLO DE PORTUGAL

—¿Considera que las fuerzas políticas opuestas al régimen de Caetano debían haber

«Gil Robles es un gran político práctico con soluciones concretas; es inteligente y no ha perdido facultades.»



ber llegado a acuerdos con suficiente anterioridad al 25 de abril? O dicho en otras palabras: ¿cree que un pacto entre aquellas fuerzas, un pacto sólido, habría evitado tensiones y enfrentamientos como las que ahora existen entre socialistas y comunistas?

—Respondo a esto que sí; a mi juicio, no hubo una relación suficientemente institucionalizada entre los grandes partidos antes de que la democracia llegara a Portugal. Soares estuvo aquí, en mi casa, cuando iba camino de una ciudad del Norte de España, poco tiempo antes del 25 de abril donde se reunió con representantes de otros partidos de la oposición. Veían inminente la caída de Caetano. Esos pactos podrían, efectivamente, evitar después hostilidades y malos

«Ruiz Jiménez sabe esperar. Pero ha de superar sus perplejidades, que muchas veces nacen del deseo de hacer bien.»



entendimientos. Pero hay que hacerlos cuanto antes y con tiempo suficiente. Y ésta es una lección que debemos tomar en cuenta las fuerzas políticas españolas. Debemos tratarnos, entendernos y ponernos de acuerdo: la democracia no sólo hay que traerla, hay que organizarla.

—En esa organización de la democracia a la que usted alude ¿qué ejemplo de país socialista merece tomarse en consideración? ¿Suecia? ¿Yugoslavia? ¿China acaso?

—Hay que buscar un tercer modelo. Ni el nórdico es aplicable a países mediterráneos ni tampoco los modelos renovadores del Este satisfacen plenamente. Debemos seguir nuestro propio camino. Por eso, más que hablar de modelos hay que hablar de necesidades y buscar nuestras propias respuestas.

—Dígame, ¿tiene usted contactos políticos con el régimen?

—Ninguno. Conozco a personalidades del régimen. Pero, en cualquier caso, no ten-

«Fraga es una persona capaz, culta, de impulsos. Tiene, a mi juicio, su porvenir como político en sus propias manos.»



«No soy creyente; soy agnóstico. Y no me siento solo ni aislado.»

go ninguna relación política con el sistema.

—¿Ha hablado alguna vez con el presidente Arias?

—Nunca.

**GIL ROBLES, FRAGA
RUIZ JIMENEZ**

—¿Qué opina del señor Gil Robles?

—Que es un gran político práctico, con soluciones concretas; es inteligente y no ha perdido facultades.

—¿Y del señor Fraga?

—Es una persona capaz, culta, de impulsos, bastante joven para tener aún tiempo de romper las limitaciones que el hecho de haber nacido y crecido políticamente durante la posguerra española le imponen. Fraga tiene, a mi juicio, su porvenir como político en sus propias manos.

—¿Y Ruiz Jiménez?

—Es complicado definirle. Espera y sabe esperar en política. Pero ha de superar sus perplejidades, que muchas veces creo que nacen del deseo de acertar bien.

—Y ahora, usted: hace diez años, el periodista Del Arco le preguntó si se creía un hombre del mañana. Su respuesta fue que sí. ¿Sigue pensando lo mismo que entonces?

—Lo mismo. Me va a costar considerarme un hombre del pasado. Por educación y por instinto busco el futuro. Quizá por eso algunos me llaman radical.

**REVOLUCIONARIO
Y NO REBELDE**

—¿Quiere decir que el futuro le reserva un papel político importante?

—No lo se. Eso depende no sólo de mí, sino de las circunstancias. Quizá el ma-

ñana sea oscuro, pero en mi caso el optimismo es un deber político.

—Ortega dijo que el español más a mano es siempre uno mismo. ¿Usted cómo es en el fondo? ¿Es creyente? ¿Se siente solo, aislado?

—No soy creyente, soy agnóstico. Y no me siento solo ni aislado. Tengo un grupo de amigos coherente, firme, con el que me unen vínculos de recíproca confianza. Y también tengo relaciones con otros grupos. No me gustaría ser ahora un lobo estepario.

—¿Nunca tiene pesadillas ni sueños políticamente truculentos?

—No, nunca. Duermo muy bien. A lo mejor es porque tengo la conciencia tranquila.

—Es una suerte. Y ahora dígame: ¿cuántas veces le han impuesto castigos políticos? Acaban de retirarle el pasaporte por asistir a la reunión de Estrasburgo. ¿No está desmoralizado?

—Mire, en 1957 estuve un tiempo en la cárcel. Antes me habían denunciado en varias oposiciones a cátedra por no afecto al Movimiento, de acuerdo con los criterios que regían entonces; he sido multado varias veces. En 1961 tuve que marcharme a los Estados Unidos porque me encontraba en una situación muy incómoda con las autoridades académicas. En 1965 me expulsaron de mi cátedra de Salamanca, sin derecho. Es tuve tiempo sin pasaporte y ahora vuelvo a la misma situación. Como usted ve, soy pequeñeces.

—Pequeñeces desde el punto de vista de un revolucionario o de un rebelde. ¿Se considera usted revolucionario o rebelde?

—Revolucionario. El rebelde puede complacerse a sí mismo, pero eso no es nunca del todo satisfactorio. El revolucionario busca a través de un proceso lógico satisfacer sus ideales y los de los demás. En este sentido, la ética pide revoluciones y no rebeldías.

Ignacio Carrión